EL COMBATE.

BOLETIN DEL EJERCITO RESTAURADOR DEL ORDEN.

Granada, 28 de mayo de 1893. Núm. 24

IMPUGNACION.

[ARTICULO PRIMERO].

Al publicar ayer el artículo de fondo del número 37 de la *Gaceta Oficial*, ofrecimos impugnarlo hoy.

Vamos á hacerlo, aunque sea con la brevedad que nos imponen las pequeñas dimensiones de *El Combate*.

Comienza el escritor sacasista por aducir como argumento contra la revolución del 28 de abril, lo mismo de que ella se está gloriando, lo mismo que, á juicio de propios y extraños, demuestra que este gran movimiento no obedece á móviles políticos, sinó á razones de defensa social. Refiriéndose á los conservadores, dice el reptil de Palacio: "Hicieron causa común con varios liberales, de los mismos que tienen un credo político enteramente opuesto al que ellos han proclamado siempre y contra el cual han luchado en la prensa, en los comicios y en el campo de batalla."—No hemos hecho causa común "con varios liberales," sino con el partido liberal de Nicaragua: el jefe del liberalismo, Don J. Santos Zelaya, forma parte de la Junta de Gobierno. "Varios liberales", escoria de su partido, son los que están con el usurpador, así como también "varios conservadores", ó mejor dicho, ex-conservadores, se hayan en las filas de Sacasa. El absurdo régimen político establecido en agosto de 1889 ha servido para apartar en todos los campos el buen grano de la zizaña: es lo único provechoso que hizo.

Sí, se han unido conservadores y liberales, como se unieron en 1856 contra William Walker, y no tienen ahora ni los unos ni los otros necesidad, como no la tuvieron entonces, de sacar á relucir sus respectivos programas.—¿Para qué? ¿Se está tratando acaso de dilucidar doctrinas? A otra cosa vamos: á meter en cintura á la temible gavilla que se apoderó de Nicaragua en una encrucijada de la Constitución.

Sacasa y sus reptiles se hacen los sordos. Les hemos dicho mil veces, les hemos repetido hasta la saciedad que no alzamos el estandarte de la insurrección para hacer prevalecer los principios de esta agrupación política sobre los de aquella, ni mucho menos para levantar sobre el pavés á determinado caudillo, sino para salvar al país de la ruina y la deshonra. Bien claramente lo dijeron en su proclama del 29 de abril los Generales Zavala y Montiel: "Llamamos en nuestro auxilio á todos los buenos, sea cual fuere su color político, pues bajo el estandarte que levantamos hay sombra protectora para todos los hombres de bien". Y más adelante agregan: "La revolución que hoy se inicia y á cuyo frente con toda resolución nos ponemos, está muy lejos de ser la obra de un partido ansioso de poder, ni mucho menos la de un desalmado ambicioso que sacrifique á bastardas aspiraciones el bienestar y la tranquilidad del país: es la explosión natural é irresistible del sentimiento nacional, harto ya de vergüenza y de escándalos".

¿Qué les importa en este momento á los conservadores el credo de los liberales, ni qué á estos el de sus históricos adversarios? Unos y otros son nicaragüenses, é impulsados todos por su amor á esta patria desventuradísima, se empeñan en salvarla de la infamia, sin recordar en tan suprema y angustiosa hora que "lucharon en la prensa, en los comicios y en los campos de batalla" por el triunfo de sus tradicionales principios.

¿A qué fin lanzar un programa político cuando de política no se trata? Hé aquí nuestro único lema: *Basta de oprobio!*

¿La gavilla sacasista es por ventura un partido? Cuando más será una partida. Para agarrar á un presidio suelto y meterlo en vereda, ¿se necesitan programas? No, se apela simplemente á la guardia civil; y por eso hoy cada nicaragüense honrado, llámese conservador ó liberal, es un gendarme de la patria, empeñado en agarrar por el cuello al primer facineroso de la cuadrilla de Sacasa que se ponga al alcance de su mano.

Luchamos por la existencia, luchamos por la honra. La parte civilizada del país está empeñada en mortal contienda con los elementos bárbaros de la sociedad, restos de aquel bandolerismo ferez á cuyo frente estuvieron los Chelones, Goyenas, Chongoringos, Somozas y Siete Pañuelos.

Es, por tanto, la mayor de las simplezas el que se nos eche en cara "no obedecer á ningún principio político". Obedecemos al primero de todos: el de la propia conservación, el mismo á que obedece el honrado viajero á

quien asalta por sorpresa en el camino real una gavilla de malhechores desalmados.

Por lo que hace á aquello de que "*El Combate* es el órgano inmoral de la más inmoral de las sublevaciones", basta que lo digan los reptiles nauseabundos del Palacio de Managua para que por ello nos sintamos muy ufanos.

Nos hemos extendido más de lo que pensábamos impugnando el primer párrafo del artículo de fondo de la *Gaceta Oficial*. En nuestro próximo número trataremos del resto de ese ridículo y embustero editoral, digno de los entes impúdicos que lo escribieron, y digno, sobre todo, del amo insensato que lo mandó escribir.

ASALTO DE JINOTEPE.

Parte del General Alegría.

Jinotepe, 25 de mayo de 1893.

Señor General en Jefe del Ejército Restaurador del Orden,

Granada.

En cumplimiento de las instrucciones que se sirvió U. impartirme, salí de Masatepe en la mañana de ayer, con dirección á esta plaza después de haberse incorporado en las fuerzas de mi mando las del Señor General Don Nicolás Méndez.

La marcha se hizo algo penosa á causa de la lluvia que empezó á caer á poco de haber salido, y que aunque al principio fué lijera, luego se hizo torrencial. Esta circunstancia, sin embargo, no disminuyó en manera alguna el entusiasmo de nuestro ejército, precursor del brillante triunfo que coronó nuestros esfuerzos. A la mitad del camino nuestra caballería se encontró con la del enemigo, que se ocupaba en trozar los hilos del telégrafo: le rompió el fuego y á corto rato los enemigos se pusieron, como de costumbre, en precipitada fuga. La primera escuadra de infantería avanzó á proteger á la caballería, sin darle alcance por la rapidez con que persiguió á los fujitivos hasta la hacienda de Don Nemesio Porra, donde trabó combate con otro retén que se encontraba allí, obligándolo á desalojar el punto.

Siguiendo la caballería en su enérgico avance y echando pie á tierra los dragones, en medio de los más entusiastas vítores, atacó vigorosamente al retén que se hallaba acantonado en la casa de la hacienda de Don Camilo Zúniga, casi á la orilla de la ciudad. El tiroteo de una y otra parte fué dilatado y nutrido, pero el resultado siempre el mismo: la derrota completa de los enemigos.

En este momento comenzó el ataque á la población. La caballería siempre avanzó en medio de un fuerte tiroteo, y fué hasta entonces que nuestra infantería, atacando con destreza y resolución, tomó parte en el combate. Durante tres horas el fuego se mantuvo sostenido por ambas partes, y por fin dí la órden de asaltar las trincheras, habiéndose ejecutado esta operación con el mayor éxito, disputándose, tanto los jefes como los soldados, el honor de ser los primeros en entrar á la plaza, subir á las torres y penetrar en el cuartel, no siéndome posible hacer mención especial de ninguno de ellos por haberse comportado todos dignamente. Respecto de la caballería, creo de mi deber mencionar con particularidad á su intrépido Jefe el Coronel Don Lisímaco Lacayo, y al Capitán Don Leonidas Correa, lo mismo que á los valerosos dragones Subteniente Toribio Fonseca, Sargento Eustaquio Velásquez y soldados Liberato Buitrago, Inés Gutiérrez, Pedro Vargas, Alejandro Borge y el Ayudante Subteniente Don Gustavo Guerrero, que pelearon con mucha bizarría.

De nuestra infantería sólo entraron en acción dos compañías, lo que fué suficiente para batir á más de doscientos hombres del enemigo que se encontraban parapetados tras de sólidas trincheras y en las torres.

No creo demás hacer constar que el jefe de las fuerzas enemigas, Coronel Don Camilo Zúniga, tan luego como supo que nuestra caballería había derrotado sus avanzadas, abandonó la plaza, dejando que los suyos sólos, resistieran el mortífero fuego de nuestros soldados.

Quedaron en nuestro poder, como trofeo de guerra, el pabellón nacional, ciento ocho rifles *remington*, cuarenta y siete mil tiros de remington que hallamos en cajas cerradas, y más de tres mil que recogimos á granel; doce lanzas, siete pipas de aguardiente de cincuenta galones cada una, cuatro pipas aguadoras, todos los aparatos telegráficos con seis royos de alambre, una caja de hierro y todas las especies fiscales de la Administración de Rentas.

Les hicimos de su ejército treinta y seis avanzados en el momento de la acción, fuera de muchos que continuamente se están presentando con armas y municiones; y resultaron del enemigo nueve muertos y siete heridos que se han llevado al Hospital de sangre, fuera de otros muchos que se sabe se han refugiado en distintos lugares.

Nuestras bajas se reducen á la muerte del soldado nandaime José Tomás Romero, que fué enterrado con todos los honores que se merecen los bravos y pundonorosos soldados de nuestro ejército, teniendo además que lamentar el que



serviciosihnca@uca.edu.ni
2278-7317 Ext. 115
WhatsApp 5781-9244